

INÉS Y JOSÉ

El frío parecía calar los huesos y la humedad del establo se hacía notar donde en esos momentos trabajaba José, que acucillado a un costado de la vaca efectuaba con su mano derecha los necesarios movimientos sobre la ubre para extraerle la leche. En ese momento apareció Don Raimundo que, a modo de saludo le dio un leve palmazo en la espalda, comentando: ¡ hola hijo ! ¿ Parece que hace bastante frío... verdad ?

- Esta helada la mañana, papá. Es que se pegó la niebla, parece. Pero ya estoy terminando... ¿ y cómo ha amanecido usted y mi mamá ?

- Tu mamá esta mejor de su catarro. La dejé levantada y nos espera para que vayamos a desayunar. ¡ Vamos !... pero antes, déjame ayudarte con esto para que andemos más rápidos, terminó diciendo su papá.

Y al poco rato caminaban juntos desde el establo hacia la casa que quedaba a escasos cien metros y que, a pesar de la espesa neblina de ese momento, se podía ver el humo gris azulino que salía por el caño de la cocina a leña, adelantando el grato ambiente que se respiraba en dicho lugar.

-Te sentí levantarte temprano y te acostaste tarde. Parece que dormiste muy poco, hijo... ¿ Estás preocupado por la situación de Inés, verdad ?

- De ambas, papá. Ayer tarde estuve hablando con Inés y me contaba que el patrón las notificó que deberán dejar la puebla de aquí a ocho meses. Es entendible la situación porque deberá ocupar esa puebla con la persona que vendrá a reemplazar a don Vicente. La larga enfermedad de su papá y su posterior fallecimiento, las ha dejado desprotegidas y sin tener a donde irse. Su mamá ya esta pensando en emigrar a Santiago donde vive su única hermana. Me preocupa mucho eso, papá, porque así voy a perder a Inés para siempre. La hermana vive en muy malas condiciones en uno de los tantos campamentos que están alrededor de Santiago. Su marido con pegas provisorias, con tres hijos y además viviendo en una casa pequeña. Que tengan que irse con ellos, significa un cambio tremendo para ellas, que están acostumbradas a trabajar y vivir del campo. Y allá... ¿ qué van a hacer?

- Para colmo, por el corto tiempo del que disponen para irse, van a tener que vender sus pocos animalitos y deshacerse de herramientas a precio de “ apuro “. Eso las va a perjudicar también. Menos mal que el patrón les ha dado el tiempo para que alcancen a cosechar sus siembras de la pequeña reserva que le tenía asignada dentro de las regalías del contrato. Ahí tendrán unos pocos pesos para batirse algún tiempo, y ¿ después qué ?...

- Pero lo que me preocupa más, es que tengan que irse a vivir a un lugar donde reina la cesantía, la delincuencia, los malos hábitos, la drogadicción. Eso no puedo soportarlo y también estoy sufriendo como ella.

- ¿ la quieres mucho hijo ?

- Tanto como a ustedes. Y no podría vivir sin ella, papá. Nos conocemos desde niños, y aprendí a respetar y querer a sus padres por lo honestos y trabajadores que fueron siempre, a pesar que sabían que algún día tendrían que dejar esa puebla. ¡ Que mala suerte que don Vicente se hubiese enfermado y terminara finalmente por morir !

- Cierto hijo. Muy mala suerte...

Su padre, cabeza gacha caminando a su lado lo escuchaba atentamente y prefirió no interrumpir su desahogo.

Felizmente ellos eran propietarios de su terreno que, aunque fuesen solo 17 hectáreas, era de buena tierra y suficiente riego. Los pocos animalitos y el espacio para la chacra y el huerto, bien trabajados les habían permitido vivir con tranquilidad y cierta holgura.

Aprovechando el buen tiempo de algunos días habían decidido realizar algunas siembras de invierno y ya estaba todo listo para “ tirar semillas “ y ese día tenían calculado dejar terminada esa “ pega “ .

Una vez desayunados, José se permitió pedirles permiso para “ de una carrerita “ alcanzar donde Inés y comprometiéndose en volver a la brevedad.

- Claro hijo. Lo que nos queda qué hacer es poco y lo podremos hacer los tres en un rato más. Anda tranquilo no más, manifestó la mamá. Preferimos esperarte.

José emprendió a marcha forzada el camino a casa de Inés, que sólo quedaba a unos quinientos metros, siguiendo la línea de la hermosa avenida de álamos que bordeaba el camino interno del predio y que el invierno los tenía ahora sin hojas, desnudos y flacos.

En ese momento Don Raimundo, dirigiéndose a su esposa dijo con voz pausada: creo viejita que ha llegado el momento de decidir lo que hemos conversado en otras ocasiones. Ambos nos hemos puesto viejos y cada día se nos hacen las cosas más difíciles. Ojalá que no sea muy pronto, pero ya nos llegarán los achaques de viejos y debiéramos resolver ahora esta situación “. “ Estamos contentos con nuestro único hijo. Ha sido noble, respetuoso y trabajador y cuando nuestro Señor nos llame, será José quien se quede con lo nuestro, que además con su trabajo también a ayudado a mantener Se merece ser feliz y ahora esta sufriendo por la situación de la persona que ha querido durante toda su vida. Ambos son jóvenes ya, pero de chicos les ha tocado “ pelar el ajo “ ayudando a sus padres en todo, mucho antes de convertirse en adultos, y esto también por ser hijos únicos. Si ellos quieren casarse y la mamá de Inés lo consiente, no debiera haber problemas. Para empezar podrían construirse un par de piezas adosadas a nuestra casa,

para mientras tanto, y después con más tiempo irse acomodando. Ellas nacieron en el trabajo, no hay nada que enseñarles, al comienzo habrá que “echarle más agua a la olla “ no más y después y con el tiempo nos arreglaremos. Sólo pensemos que nos creció la familia no más... ¿ te parece ? Y si Dios nos da muy poco más de vida, hasta alcanzamos a ser abuelos, viejita... dijo Don Raimundo, con una sonrisa cómplice, mirando de reojo a su esposa, que escuchaba emocionada lo que su viejo acababa de comentar “

La respuesta de la señora María no se hizo esperar. Con su carita llena de felicidad se abrazó a su marido diciéndole: ¡ Viejito ! Eso era lo que esperaba de ti. Ambas son personas buenas y tengo la confianza que nos acostumbraremos a vivir fácilmente con ellas... además de hacer feliz a nuestro hijo.

A los pocos minutos regresaba José. Su cara triste y resignada lo decía todo. Lo invitaron a tomar asiento y brevemente le expusieron lo que habían acordado. La cara de José se iluminó y no pudiendo contenerse se abalanzó sobre sus padres y mientras los abrazaba, con lágrimas en sus ojos, muy emocionado les agradeció su decisión. Luego, después de unos segundos de confusión e indecisión, donde su corazón galopaba a toda velocidad, sin poder contenerse y dando confusos pasos de un lado para otro, entre eufórico e incrédulo, cubriéndose la cara con ambas manos por la emoción , con voz quebrantada les dice:

- Me disculpan... no puedo contenerme...voy... voy inmediatamente a contarle. Por favor denme unos minutos... les aseguro que vuelvo al tiro. Voy a contarle a Inés... ¿ me esperan ?... Y mientras por segunda vez se disculpaba, sale hecho un tifón corriendo hacia el sendero que acortaba la distancia entre su casa y la de Inés y gritándoles mientras corre les dice: ¡¡ Volveré ligerito para la siembra !! ... pero esta vez con cuatro brazos más, que nos ayudarán...

Y cuando las flores de las arvejas y de las habas ya habían “ cuajado”, y luego, cuando el huerto y la chacra comenzaban a dar sus frutos y todo se llenó de verde y se llenó de flores... y a la mesa de Doña María, de Don Raimundo y de José se sumaba la presencia de Inés y de la señora Ester, la dicha colmaba el aire por la pronta llegada del bebé que ya anidaba el vientre de Inés y que convertiría al resto en dichosos y felices abuelos.